

Las nuevas moralidades (fines del siglo XVIII hasta fines del XIX)

1. Los últimos virreyes y los primordios de una *courtoisie* carioca (1769-1808)

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, Río de Janeiro se consolida como el centro político-administrativo de la América portuguesa, siendo numerosos los intentos de moralizar o "civilizar" la ciudad por parte de los virreyes.

Quizás, la política más significativa en este sentido haya sido establecer distinciones espaciales que permitieran a los "hombres de bien" (y digamos también a las "mujeres de bien") de la ciudad desenvolver una vida pública más activa y segregada del elemento esclavo. No es casual que los primeros testimonios sobre la aparición de las mujeres blancas en las ventanas, los paseos, fiestas y otras posibles salidas a la calle tengan una estrecha relación con estas políticas urbanas.

Esta distribución espacial creaba las condiciones de representación necesarias para la nobleza en ciernes. Lugares que conformaban los posibles escenarios del actuar y del "ser visto" de la sociedad de corte: paseos, ventanas, fiestas, bailes, restaurantes, conciertos y funciones de teatro.

El vestuario y las prácticas de los señores y la nobleza citadina debían indicar la distancia abrumadora con el resto de los mortales, especialmente en un contexto esclavista como era el de la ciudad colonial. Por esa misma razón, llamaba tanto la atención al "mirar" extranjero la costumbre de los hombres de bien cariocas de ir a las fiestas, reuniones, o simplemente "a paseo" portados por esclavos lujosamente ataviados, en palanquines pintados de oro o de laca y forrados de damasco.

Exhibir la grandeza, más que una moda es la puesta en escena de una personalidad pública que se tiene que exaltar. El noble se muestra y lo hace de forma

esplendorosa porque es una figura pública. Su poder está en estrecha relación con su representación.⁶⁰

Durante buena parte del siglo estuvieron de moda el maquillaje y los lunares de tafetán. Éstos no sólo servían como elementos decorativos, sino también para tapar imperfecciones o enfermedades de la piel como el herpes. Las poco higiénicas y poco prácticas pelucas, frente al calor abrasador del trópico, también eran frecuentemente utilizadas (ver imagen abajo):

Imagen 5



El boato y el lujo de las modas cariocas eran parte del juego de distinción basado en un código de etiqueta y comportamientos pautados en tanto rituales de la representación pública estamental. La sociedad de corte en formación exigía un determinado patrón de consumo en función del estatuto social que se encarnaba.

La primitiva *courtoisie* carioca supuso una reorganización del espacio urbano en función de las necesidades de escenificación de los estamentos superiores y la adopción de elaborados códigos de etiquetas, normas y valores que configuraban un *ethos* y una estética cortesana.

2. La Corte en Río y el Imperio ilustrado: un estado en ciernes

El año 1808 marca el inicio de una época de mudanzas importantes que transformarán a Río de Janeiro en cuña de la modernidad del vasto territorio brasileño. La llegada y el establecimiento a esta ciudad de la familia real portuguesa alteró considerablemente la vida de la colonia a partir de la reorganización de las capitánías, el desarrollo de instituciones de gobierno como las que existían en la metrópoli y el establecimiento de un puntual sistema de recaudación de "diezmos" e impuestos.

60 El noble es el que reproduce, el burgués es el que produce (Habermas, 1984).

Por otra parte, la apertura de los puertos fue una de las medidas principales para el desarrollo del comercio y, por ende, la formación de un incipiente mercado capitalista. Con el intercambio de mercaderías comienza también la circulación de las ideas universales y burguesas de la Europa decimonónica: "los procesos de la civilización en Río de Janeiro en estos últimos 10 años son principalmente el resultado de las innumerables relaciones comerciales con las naciones europeas" (Rugendas, 1979 [1821]:204).

Aumentan los intercambios de información, sobre todo comercial e industrial. Surgen también algunos de los primeros periódicos comerciales que difunden y tornan "públicas" algunas de estas informaciones de carácter privado y también los periódicos oficiales impresos por el Estado.

La presencia de la corte, la instauración de un aparato estatal y luego la independencia, irán poco a poco minando la autoridad y el poder de los señorios rurales. Ocupaciones netamente ciudadinas, como las profesiones liberales, las actividades políticas y burocráticas comienzan a disputar la preeminencia del señor. La figura del *bacharel* (licenciado) fue fundamental en todo este proceso.

Con la independencia y el inmediato establecimiento del Imperio en 1823, la Ilustración triunfa en el Brasil definiendo las contradicciones, o más bien las particularidades, con que la modernización, en cuanto proceso, se desarrollará en este país. En este sentido, el sistema de producción esclavista aún vigente será el punto *border* de cualquier transformación político-social, lo que demuestra también la influencia y los ensambles que permanecerán del sistema señorial rural. Al fin y al cabo, los hijos de los señores serán los ilustrados dirigentes que sostendrán la contradicción/convivencia entre sus ideas positivistas y la conservación intacta de sus privilegios materiales, sobre todo la esclavitud.

2.1. La constitución de un público literario: *boticas* y periódicos

Asociadas a las sociedades literarias y a las formas de crítica literaria y política en Río de Janeiro: las "boticas" (farmacias) funcionaron como los primeros salones y *coffe-houses* en tierras tropicales. Las reuniones secretas de la Ligas Masónicas (Club Jacobinos) de carácter también estrictamente masculino, aun cuando fuertemente reglamentadas y ritualistas, cumplían funciones similares y fueron muchas veces determinantes en los derroteros políticos de las nuevas naciones americanas durante la primera década del siglo.

Los primeros diarios "independientes" surgen a partir del año 1820 y en una cantidad realmente inusitada. La prensa libre, consagrada en la Constitución de 1824, se torna un arma temible para el poder público enfrentando incluso al emperador con las decisiones de las cortes de Lisboa. Dividida entre fracciones irreconciliables, una pugnaba por la restauración del dominio colonial, y la otra estaba a favor de la independencia y hasta de la república misma.

Boesche, en 1834, rescata la "independencia de los conceptos" (así como la "insignificancia de los asuntos") de la prensa carioca, hallando muy violento el lenguaje utilizado (ápu^d Taunay, 1921:538). Y esto es real, ya que el género del *pasquim* que reina en los años 30 es virulento y ácidamente crítico.

Fueron estos primeros periódicos (*jornais*) los que constituyeron una "opinión pública", un foro de personas que comenzó a hacer "críticas" tanto a las regulaciones económico-administrativas como a las cuestiones de índole política. Juntamente con las sociedades secretas, clubes literarios y gabinetes de lectura, conformaron nuevos espacios de sociabilidad eminentemente argumentativa. Intercambio de ideas y discusión, ámbitos donde ejercer y adquirir la práctica de una conciencia discursiva, que desde la esfera privada constituía un "público literario" que mediaba, a través de la opinión pública, la discusión y los intereses sociales frente al Estado (Habermas, 1984).

La formación de un estado racional, la libre circulación de mercaderías que implicaba la posibilidad de circulación de ideas, los ámbitos de discusión y reflexión colectiva posibilitaron la aparición de una "esfera pública" (en sentido habermasiano) en donde los sujetos exigían razones y fundamentos para la legitimación del poder estatal.

2.2. Entre la botica y el convento: los sodomitas volterianos

En una de las tantas boticas de la calle Direita, espacios masculinos de debate y difusión de las ideas iluministas, el joven boticario José Luis Mendes fue acusado ante el Santo Oficio por permitir en su tienda "encuentros entre hombres" que mantenían conversaciones irreligiosas y sacrílegas.⁶¹

José Luis Mendes era, en efecto, un ávido lector de Voltaire, mas también parecía tener una particular predilección por los jovencitos cariocas. Tanto, que uno de sus acusadores declaró que el boticario "nunca había tenido tratos con mujeres sino con hombres".

La afección de José Luis por los jovencitos pardos era notoria en la ciudad. A uno de ellos, comentaba otro testigo, José le pagaba la entrada a la Ópera de la ciudad.

Otro boticario, vecino suyo, declaró que José cometía *molices*, pero nunca sodomía. Mendes, finalmente, no fue condenado por sodomía, pero fue conminado a no permitir nunca más conversaciones escandalosas en su negocio.

A pocos metros de allí, en la misma calle Direita, se encontraba el Convento del Carmen, conocido refugio de *fanchonos* desde el siglo pasado (recordemos la historia de fray Antônio Soares), en donde el padre Tomé de Madre de Deus frecuentaba el coral de la Iglesia, pero en vez de recitar el breviario leía con pasión las obras de Voltaire, la misma pasión que también compartía con José Luis Mendes por los mulatos cariocas.

61 ANTT, IL, proc. 16177, ápu^d Higgs, 1999:144-5.

Décadas más tarde, las boticas continuaron siendo un espacio de reunión masculina. Algunos de los *castratti* de la ciudad, que llegaron con la corte portuguesa, conformaban una "cofradía de amigos" que cotidianamente se reunían en una antigua farmacia de la calle Direita. Tales *castratti* eran los hermanos Cicconi. Uno de ellos, Antonio, "fuera gentil mozuelo en tiempos idos y según cuentan tenía una voz y rostro por los cuales era llamado de capado". Amancebado presumiblemente con uno de sus esclavos de nombre José, al morir, ya muy entrado en años, el 28 de octubre de 1870, mandó dar por testamento, mensualmente, un *onus* de \$30 al propio José y de \$10 a su otro esclavo Sabino. Los hermanos Cicconi eran "inofensivos" —de acuerdo con la definición del cronista— y tenían entrada franca en el palacio, siendo estimados por las damas y recibiendo los favores del rey (Vieira Fazenda, 1921).

Cultores de Voltaire y adeptos del "amor griego", también conformaban cofradías o logias secretas en donde las discusiones entre el liberalismo y disidencias eróticas no dejarían de fluir y, por ende, de elaborar narrativas paralelas o de cuestionamiento a los discursos dominantes tanto en materia política como sexual.

2.3. Los amores de novela y los nuevos arreglos afectivos

La generación romántica francesa proporcionaba una literatura pletórica de emociones individuales, alimentando el imaginario del amor romántico y pasional: "En el Brasil como en la Metrópolis, la literatura francesa del último siglo tiene una gran influencia en la educación de las clases elevadas y permanece aún ahora, como la única literatura más o menos conocida de los brasileños y a través de portugueses, tanto en las obras originales como en las traducciones" (Rugendas, 1979 [1821]:206).

En las primeras décadas del siglo, podían leerse en Río de Janeiro densos folletines publicados en varios periódicos, especialmente en el *Jornal do Commercio* que salía diariamente. Por otra parte, en la *cabinete de lecture*, de la calle del Ouvidor, se conseguían las últimas novedades literarias de París.

Los románticos apuntaban al subjetivismo y a la libertad de creación, el triunfo del sentimiento y, muchas veces, a la evasión de la realidad, perdiéndose en el ensueño, la melancolía y la imaginación. En la exaltación de los sentidos todo lo que es provocado por el impulso es permitido "si revestido con el velo dulce y tirano del amor".

En la privacidad/intimidad del ámbito familiar, esto también se traduce en nuevas formas de afecto hombre/mujer, padres/hijos/hijas. Padres más intimistas, más preocupados a veces con el deseo y el sentimiento de los otros miembros de la familia. Aun cuando las modalidades, los tratos y las precedencias se conservaban en sus formas, una comunidad de afectos diferente comenzaba también a ablandar la rigurosidad patriarcal.

La seducción, aun sometida a ciertas reglas, es ahora un juego permitido según las reglas del cortejo. El casamiento arreglado va cediendo paulatinamente lugar a

una relación afectiva entre el hombre y la mujer, a pesar de conservarse la dependencia de los acuerdos económicos, ya que la preservación y manejo del capital no era algo que podría dejarse librado a los caprichos de la pasión.

El "bello sexo", en este contexto, adquiere una nueva dimensión subjetiva. Ya no es un mero agregado instrumental en la reproducción de las riquezas del marido y la administración del hogar. Ahora también es una pieza clave en la nueva sociabilidad que se funda en los encuentros, en las reuniones y en los salones. La mujer es la encargada de la recepción doméstica de los invitados, extraños o amigos, en la casa, y de su éxito dependen, muchas veces, las ventajas económicas y sociales del marido.

La transgresión más que nunca adquiere sentido a la luz del *ethos* pasional. Amores prohibidos e imposibles mantienen vigente los lenguajes del amor sin palabras, especialmente el de las flores: "Por medio de flores combinaban con los devotos los lugares de los encuentros. Se daba en las fiestas de la Iglesia la ocasión propicia para tramar todas estas intrigas, las que no tardaba el himeneo en coronar" (Boesche [1834], ápod Taunay, 1921:535).

Según Freyre (1990), nuevas figuras masculinas como el médico, el juez, el corresponsal comercial y el director de colegio entran también en escena dentro de las casonas coloniales compitiendo con el poder patriarcal.

Los nuevos arreglos afectivos y la idea del amor romántico reconfiguran la idea de familia. La familia patriarcal estaba fundada sobre la idea de "casa". El casamiento aristocrático se basaba en un acuerdo de familias, donde la vida conyugal no era lo esencial, sino más bien el fundar y mantener una casa, un nombre (y un patrimonio). A la luz del nuevo *ethos* romántico, la dimensión emocional en las relaciones interpersonales de la estructura familiar pasa a tener una importancia creciente.

La vida, ahora un poco más "indeterminada", ofrece opciones profesionales, morales, afectivas, en mayor o menor medida, para hombres y mujeres, no exentos de luchas entre diferentes intervenciones sobre las decisiones personales, por ejemplo, de los padres, sacerdotes, médicos o profesores. Entre esas diferentes opiniones y los deseos propios, se establecían complejas negociaciones y enfrentamientos donde los acuerdos ya no obedecían a parámetros fijos.

2.4. La moral autónoma o el reino del yo. La desaparición de la sodomía como delito

El catolicismo en el Brasil nunca perdió un tono intimista, mágico, "sin distancias". Un dios cercano, dentro de la familia. Un tipo de religiosidad de superficie, menos atenta al sentido íntimo de las ceremonias que al colorido y a la pompa exterior (Holanda, 1971). La laicización comenzó a manifestarse ya desde fines del siglo XVIII. Así, a la ausencia de una interpelación absoluta en el campo religioso, se suma la esfera de intimidad de la familia burguesa, donde las personas privadas se consideran libres también de sus actividades económicas pudiendo establecer en principio relaciones

"puramente humanas". La familia es el local en que históricamente se origina la "privacidad", en el sentido moderno de una interioridad libre y satisfecha (Habermas, 1984), reposando ahora en el amor conyugal y más o menos resguardando el libre desarrollo de todas las facultades inherentes a la persona como ser humano.⁶²

La moral autónoma, de alguna manera quedó comprendida en los derechos y garantías civiles de la Constitución de 1824 y en la reforma legislativa del Código Penal de 1830, que significaron un giro fundamental en relación con las antiguas leyes del reino, consideradas por el propio emperador: "muy duras e impropias frente a las ideas liberales de los tiempos en que vivimos".

En este contexto, la sodomía, aunque tema polémico, no debía ser penalizada de acuerdo con las corrientes principales de la Ilustración europea. La doctrina jurídica, de todas formas, no era pacífica. Algunos opinaban que no se estaba hablando de un derecho natural y que la sodomía constituiría un crimen contra el Estado, en la medida que podría inducir a hombres sin culpa a prácticas condenables, comprometiendo la fuerza del individuo o incluso la reproducción del pueblo (Hans Ernst von Globig y Johann Georg Huster, en el *Abhandlung von der Criminal-Gesetzgebung –Tratado da Legislação Criminal–* de 1783).

En contraposición, el jurista italiano Cesare Beccaria, uno de los pensadores que más influenció el derecho moderno con su obra *Dei delitti e delle pene* (*De los delitos y de las penas*), de 1764, sostenía que no que no existía una relación entre la práctica sodomítica y daños a terceros, preocupación principal del Derecho Penal.⁶³

De acuerdo con estos últimos criterios, la Asamblea Constituyente francesa de 1791 despenalizó la sodomía, posición que mantuvo el Código Penal Napoleónico de 1810. Ésta pasaba a ser considerada como mero vicio o sexualidad desordenada, pero no ya un delito.

La influencia positivista en el derecho brasileño determinó que muchos delitos/pecados que regulaban comportamientos sexuales, como la sodomía, fueran despenalizados, aun cuando desde hacía bastante tiempo ya no eran motivo de persecución en la colonia.

La posibilidad de disponer de un ámbito de libertad de conciencia ante el poder de la fe (pues, aunque fuera religión oficial, ésta debía subordinarse a los

62 "Los tres momentos —del libre arbitrio, de la comunión de afecto y de la formación— se conjugan en un concepto de humanidad que se pretende sea inherente a todos los hombres, definiéndolos ciertamente en cuanto seres humanos: la emancipación que aún resuena cuando se habla de lo puramente o simplemente 'humano', una interioridad a desenvolverse según leyes propias y libre de las finalidades externas de cualquier especie" (Habermas, 1984:63).

63 Aunque no publicado, el ensayo *Paederasty*, del inglés Jeremy Bentham, escrito cerca de 1785, propugnaba la descriminalización de la sodomía en Inglaterra —punida entonces con la horca— basada en una perspectiva utilitaria. Argumentaba que tales actos no enflaquecían a los hombres o tenían influencia alguna sobre el crecimiento poblacional o el matrimonio. Basaba su argumentación, también, en la existencia del homoerotismo en la Grecia y Roma antiguas.

principios positivistas de las leyes que garantizaban la libertad privada) sumado al *ethos* romántico y a la esfera de intimidad de la familia burguesa, habilitó un espacio para el desarrollo de una moral autónoma, en donde se constituía un sujeto soberano, libre, en principio, de cualquier injerencia externa sobre sus decisiones íntimas. La constitución del mundo de la vida reposando en la esfera más íntima de lo privado.

3. El erotismo en la Corte

3.1. La "lasciva" corte portuguesa en tierras cariocas

Las historias verdaderamente pasionales vivenciadas en la corte, fueran o no exageradas, estaban presentes en el imaginario popular de la época. Según Maria Graham, el joven Pedro fue acompañado al exilio en el Brasil por "algunos nobles portugueses, cuyos hábitos y moralidades no podrían tener la menor ventaja en la formación de su carácter, y por un bando de los más despreciables y degradantes agregados del Palacio de Lisboa" (Graham, 1997 [1834]).

Una de estas verdaderas "leyendas urbanas" era la afición de la reina Carlota Joaquina por el *belo Fernandinho*, Fernando Carneiro Leão, hijo de la Baronesa de Campos y luego Conde de Vila Nova de São José. Esta historia de encuentros y desencuentros, traición y venganza terminó trágicamente el 8 de octubre de 1820, con el asesinato de Doña Gertrudes esposa de Fernandinho, crimen atribuido a un sicario mandado por la reina.

El emperador Pedro I (al que volveremos enseguida) vivió intensas historias de amor y tragedia. Casado en secreto con una bailarina francesa, su enlace fue frustrado por sus padres, los reyes João y Carlota, que le impusieron a la germana Leopoldina como esposa oficial. Vivió innumerables aventuras con las bailarinas y actrices del Teatro São Januario, así como cualquier otra mujer que se le antojara.

3.2. La "homoafección" entre la emperatriz Leopoldina y Maria Graham

Algunos trabajos historiográficos plantearon la cuestión del "lesbianismo" de la emperatriz Leopoldina por su estrecha relación con Maria Graham, la gobernanta inglesa de la princesa Maria Gloria (Grier, Bárbara & Reid, Coletta, *Lesbian Lives*. Baltimore, Diana, 1976; Mott, Luiz. O *Lesbianismo no Brasil*, 1987). Esta presunción estaría basada principalmente en las cartas que intercambiaron luego de la partida de Maria Graham del palacio, en el período comprendido entre 1824-26.

Imagen 6



Versada en literatura, artes y ciencias naturales, mineralogista y coleccionista de lepidópteros, Leopoldina de Habsburgo arribó al Brasil acompañada de un grupo de naturalistas y botánicos austriacos.

A pesar de su fascinación por la naturaleza de este país, su estancia en el Brasil no fue fácil. Pedro, para contraer nupcias con la princesa austriaca, fue obligado a poner fin a su casamiento secreto con una bailarina francesa, de la cual se comentaba estaría verdaderamente enamorado.

Victimizada por Pedro —aun cuando muchos biógrafos insisten en presentarlos como “amantes esposos”—, era constante y públicamente humillada por la relación que éste mantenía con Domitila de Castro, honrada con el título de Vizcondesa y Marquesa de Santos. El emperador, incluso, llegó a imponerla como camarera principal de la emperatriz, dándole el privilegio de acompañarla por donde quisiera, estar presente en todas las reuniones, asumir lugar de honra, luego de la emperatriz, en las ceremonias oficiales. Los hijos del emperador con Domitila también fueron reconocidos otorgándoseles títulos nobiliarios.

Leopoldina era una mujer sola, la “extranjera” del palacio. Tal fue la hostilidad que sufrieron las damas que la acompañaban desde Austria, que seis meses después de su llegada clamaron por partir. El joven secretario de la archiduquesa murió súbitamente... envenenado.

Maria Graham, en tanto, era una joven viuda inglesa, escritora, herborista y aficionada a la pintura, acostumbrada a convivir con literatos y artistas que frecuentaban la casa de su tío Sir David Dundas. Había viajado por Europa, América del Sur y en dos oportunidades a la India. Escribió una vasta literatura de viaje y obras de literatura infantil, además de realizar varias traducciones del francés, publicadas en Londres.

Después de enviudar del capitán Thomas Graham, en un viaje a América del Sur, desembarcó en Valparaíso y enseguida partió rumbo a Río en el año 1823. En su segunda estancia en la ciudad, su amiga la Viscondesa de Río-Seco la propuso como gobernanta de la princesa Maria da Glória, siendo aceptada con entusiasmo por la emperatriz.

Maria fue la segunda extranjera en el palacio. Ella misma en su diario describe la poca consideración que la corte le demostraba y la grosería con que era tratada. En contrapartida, la empatía entre las dos "extranjeras", Leopoldina y Maria, parece haber sido inmediata. Ilustradas e intelectuales, perseguidas y humilladas, intentaron cercarse de una intimidad y comunicación estrechas que en poco tiempo acabaría por traicionarlas.

En el lapso del 5 de septiembre al 10 de octubre de 1824, forjaron una amistad que duraría hasta la muerte de Leopoldina y que quizás fuese el único consuelo para esta última entre tantos sinsabores en la corte de San Cristóbal: "Ni siquiera un momento pasa sin que lamente vivamente haberme privado de tu compañía y amable conversación, mi único recreo y verdadero consuelo en las horas de melancolía, a la cual infelizmente tengo demasiados motivos para estar sujeta" (Carta de Leopoldina a Maria del 14 de octubre de 1824).⁶⁴

Maria y Leopoldina aprovechaban la siesta, hora en que Pedro descansaba, para disfrutar del "placer de conversar". Primero, se encontraban en los aposentos de la emperatriz, pero como allí siempre había acompañantes de la corte y las "narrativas de familiaridad" que Leopoldina dedicaba a su amiga "excitaban violentos celos entre las damas", comenzaron a encontrarse en el cuarto de Maria.

Las dos extranjeras compartían las mismas condiciones de habla: "Mi delicadísima amiga! No acostumbro nunca lisonjear, pero puedo asegurarte que solamente en tu compañía, vuelvo a encontrar los dulces momentos que dejé con mi amada y adorada patria y familia..." (Carta de Leopoldina a Maria del 1 de marzo de 1825).

La envidia y la desconfianza de las damas de la corte y el odio del barbero Plácido (factótum y confidente del emperador) conseguirían, en poco tiempo, que el impulsivo Pedro privara a la emperatriz de su "querida y muy amada", echándola del palacio. Cuando la conspiración contra su íntima amistad dio sus frutos, el emperador obligó a la propia emperatriz a darle la noticia a su "favorita".

Leopoldina, en verdad, no cesaba de expresar en las cartas su vivo pesar por la partida de su amiga. El mismo día de la expulsión del palacio escribe a Maria:

Recibí vuestra amable carta, y creedme que hice un enorme sacrificio, separándome de vos; mas mi destino fue siempre ser obligada a alejarme de las personas más caras a mi corazón y estima. Pero, podéis estar persuadida que ni la terrible distancia, que, de aquí a poco nos va a separar, ni otras

64 En adelante, todas las citas de cartas son tomadas de Maria Graham [1834], *Correspondência*, 1997.

circunstancias que preveo tendré que vencer, podrán debilitar la viva amistad y verdadera estima que os dedico, y que buscaré siempre y con todo empeño, las ocasiones de probártelo (Carta de Leopoldina a Maria del 10 de octubre de 1824).

Sólo una vez Maria volvió al palacio ante un llamado urgente de Leopoldina (para encargarle una de las numerosas misiones de política de estado en las que la emperatriz frecuentemente intervenía). Fue tanta la prisa con la que Maria partió para llegar a la hora marcada, que el cochero, en una maniobra desatinada, quebró la calesa y la tiró del otro lado de la calle, sufriendo una fractura en la muñeca de la mano izquierda.

La angustia y la persecución que sufre la emperatriz se manifiestan con particular intensidad en el mes de noviembre, en el que declara su amistad y amor por Maria, con la ilusión de compartir sus días con su único gran "afecto":

Cuantas veces, con nostalgia, pienso en vuestras conversaciones diarias, persuadiéndome con la esperanza de volver a veros todavía en Europa, donde ninguna persona en el mundo será capaz de forzarme a dejar de veros diariamente y decirte, de viva voz, que soy para toda la vida, vuestra amiga afectuosa y dedicada (Carta de Leopoldina a Maria del 4 de noviembre de 1824).

Dos días después Leopoldina escribe:

Mi queridísima amiga. Si yo estuviese segura de que vuestra permanencia pudiese tener alguna consecuencia aborrecible para ti, sería la primera en aconsejarte para dejar Brasil. Pero, creedme, mi delicada y única amiga, que es un dulce consuelo para mi corazón, saber que habitáis, aunque por algunos meses, el mismo país que yo...

Asegurándote toda mi amistad, que os seguirá por todas partes donde yo esté, *vossa afeiçoada* (Carta de Leopoldina a Maria del 6 de noviembre de 1824).

En las escasas cartas que nos transcribió Maria de su propia autoría, la inglesa corresponde plenamente a los sentimientos de la emperatriz: "Nadie en el mundo puede amar, estimar y respetar más a V. M. que la amiga fiel, afectuosa y sierva dedicada" (Carta de Maria Graham a Leopoldina del 2 de noviembre de 1826).

El último día que estuvieron juntas, antes de Maria partir para Londres, el 8 de setiembre de 1825, Leopoldina preguntó si podía hacer algo por ella o darle alguna cosa. La inglesa le pidió simplemente un mechón de sus cabellos, y como Leopoldina no tenía tijeras a mano, y no queriendo llamar a un criado para eso, con una navaja se lo cortó entregándoselo a la amiga.

En la tarde de ese mismo día, Leopoldina le escribiría: "Mi querida y delicada amiga! [...] No puedo negarme el placer de afirmaros aún, toda mi amistad, rogándoos acreditar que estimaría daros siempre pruebas de cuanto os quiero y estimo" (Carta del 8 de setiembre de 1825).

En las cartas para Europa, de 1826, la emperatriz reafirma su desconsuelo por la partida de Maria: "Creedme, mi dedicada y digna amiga, que siento vivamente el sacrificio que impuse a mi corazón que sabe apreciar las dulzuras de la amistad, separándome de ti" (Carta de Leopoldina a Maria del 2 de febrero de 1826).

La opresión de su "carga" de emperatriz, en un ambiente hostil, la nostalgia que la embargaba lejos de su patria y sus afectos, el peso del renunciamiento a su "delicada y única amiga", todo ello lo expresa claramente en una de sus últimas cartas antes de morir:

Hay muchas cosas en este mundo que se desearían mudar por varios motivos y que un sagrado deber o amarga política impiden. Estas mismas razones me fuerzan a quedarme en el Brasil, firmemente persuadida de que en Europa gozaría de mayor reposo de espíritu y de mucho consuelo, cerca de mi familia y de ti, a quien estimo y a quien dedico cariñosa amistad... Pero dejemos de hablar sobre este tema. De continuar escribiendo y pensando en eso podría dejarme llevar por una negra melancolía (Carta de Leopoldina a Maria del 17 de setiembre de 1826).

Lejos de su amada hija Glória, que estaba en Europa, sin la compañía de su querida amiga y soportando las humillaciones de la corte y de su propio marido, su situación en el Brasil iba empeorando cada día.

Poco antes de que Pedro partiese de viaje a Rio Grande do Sul, mantuvo con Leopoldina una terrible discusión en la que, según se cuenta, la emperatriz, enfurecida, lo amenazó con retornar a Europa. Existen dos versiones sobre el desenlace de esta pelea marital: una augusta reconciliación que le habría valido a Leopoldina un magnífico anillo de diamantes o una poco noble paliza que el emperador le habría propinado, aun consciente de su estado de embarazo. Como cuenta un diario de la época sobre Pedro:

Por estos mismos tiempos, una escandalosa convivencia con una meretriz a quien hizo Marquesa, despreció a su mujer la Emperatriz Leopoldina, y yendo para Rio Grande mandó a asesinarla, intensificando su calvario, al haber antes de su partida, maltratado a la misma Emperatriz con puntapiés estando ella encinta (*O Tribuna do Povo*, 14 abril de 1831, p. 122).

Lo real es que por "una fatal complicación de su embarazo", el 11 de setiembre de 1826, tres días después de la "discusión conyugal", la emperatriz moría.

En la última carta que escribió para Maria, poco antes de morir (del 22 de octubre de 1826), Leopoldina vuelve a mencionar la "negra" melancolía que la embargara en sus últimos días y el dulce recuerdo de su afecta amiga que la confortaba.⁶⁵

Estoy desde hace algún tiempo en una melancolía realmente negra, y solamente la gran y tierna amistad que os dedico me proporciona el dulce placer de escribir estas pocas líneas.

Lo que me dejó contenta fue la afirmación que él me hizo de que gozáis de perfecta salud, que visteis un poco el jardín de Europa, la incomparable Italia, y pudisteis tal vez ver a mis bienamadas hermanas. Cómo os envidio, desde el fondo de este desierto, esa dulce felicidad!!!

Asegurándoos toda mi amistad y estima, soy

Vossa muito afeiçoada (Tu muy afecta).

Leopoldina

En verdad, lo que se desprende de tales cartas, es una estrecha relación de amistad y solidaridad entre dos mujeres con necesidades y carencias similares. Amistad íntima femenina al estilo de la *passionlessness*, la ideología sexual victoriana que esencializaba lo femenino enfatizando el aspecto (y superioridad moral) frente al deseo meramente sexual (Cott, 1978).⁶⁶

Como la propia Leopoldina lo expresa: "Sólo las expansiones en el corazón de una verdadera amiga pueden promover la felicidad". Un tipo de solidaridad espiritual de carácter femenino basada en la amistad íntima, pero también una relación amorosa que según Hardman (1993), podría denominarse *homoaffectionalism* (homoafecto), es decir, una relación de amor entre dos personas del mismo sexo, en la cual estuvo ausente el contacto genital propiamente dicho.⁶⁷

65 La emperatriz, nos cuenta Maria, hasta su último suspiro fue humillada por la Marquesa de Santos. En su cargo de camarera principal, y dada la ausencia del emperador, permaneció junto a Leopoldina en su lenta agonía, prohibiéndole incluso ver a sus hijos por quienes la emperatriz clamaba. Pocas horas antes de morir, Leopoldina, descontrolada, estalló en una serie de improperios contra Domitila, reaccionando ésta también violentamente. Una persona que estaba presente la retiró a la fuerza del cuarto, muriendo Leopoldina poco tiempo después.

66 "I use the term to convey the view that women lacked sexual aggressiveness, that their sexual appetites contributed a very minor part (if any at all) to their motivations, that lustfulness was a simply uncharacteristic. The concept of *passionlessness* represented a cluster of ideas about the comparative weight of woman's carnal nature and her moral nature; it indicated more about drives and temperament than about actions and is to be understood more metaphorically than literally" (Cott, 1978:220).

67 El término *homoaffectionalism* es utilizado por el historiador Paul D. Hardman para identificar las relaciones caracterizadas por fuertes lazos afectivos y emocionales entre personas

En verdad, tal estado de cosas puede no haber sido muy claro, ni siquiera para las dos amigas. Con seguridad, las pasiones, los deseos, el erotismo, los tipos de contacto físico y demostraciones de afectos se presentaban mezclados y ciertamente confusos. Al final de cuentas, ¿cómo calificar los sentimientos que no pueden ser sentidos o los deseos de lo que no puede ser deseado? Un camino posible era la amistad que sobrepasaba cualquier otro sentimiento y se confundía con la pasión. "Amistad", también, era la única palabra, en el repertorio vigente, que podía calificar el amor entre dos mujeres.⁶⁸

4. El erotismo en la intimidad de las casonas: *cafuné*, baños tibios y *clisteres*

Un espacio/práctica erótica característica de la familia carioca era el *cafuné*, antigua práctica de los señores y señoras consistente en hacerse *catar* (despiojar) o rascar los piojos de sus cabezas por las hábiles manos de esclavos y esclavas. Aun como simbolismo, el hecho de *catar* piojos se convirtió en una refinada técnica de masaje del cuero cabelludo que alcanzó importantes dimensiones eróticas, en especial entre las señoras y *sinhazinhas*. El francés Charles Expilly relata pormenorizadamente cómo se practicaba el *cafuné* entre mujeres de mediados de siglo y nos describe con exactitud un orgasmo femenino, producto de las caricias de otra mujer. Observemos en la figura, abajo, la placidez de la expresión de la moza en un momento de cariño robado al trabajo esclavo:

Imagen 7



A la hora del gran calor [...] las señoras recogidas en el interior de sus aposentos, acuéstanse en el seno de su mucama favorita, entregándoles la cabeza. La mucama pasa y repasa sus dedos indolentes en la espesa cabellera que se desenreda frente a ella. Se mueve en todos los sentidos en aquella lujuriosa madeja de seda. Rasca delicadamente la raíz de los cabellos, pellizcando la piel con habilidad y haciendo oír, de tiempo en tiempo, un estallido seco entre la uña del pulgar y el dedo medio... Un voluptuoso escalofrío recorre sus miembros al contacto de los dedos acariciadores. Invadidas, vencidas por el fluido que se extiende en todo su cuerpo, algunas sucumben a la deliciosa sensación y desfallecen de placer sobre las rodillas de la mucama" (Expilly, 1977[1853]: 247-248).

del mismo género sin necesariamente mantener contacto sexual (Hardman, 1993).

68 Este tipo de amistad íntima entre mujeres tiene su parangón con otras dos relaciones notorias en la América hispánica, la sostenida entre la monja y escritora mexicana Sor Juana Inés de la Cruz y la virreina, y la relación adolescente entre Manuelita Rosas y su prima Dolores Fuentes, en el Río de la Plata (Sebrelli, 1999).

Otros actos similares cargados de erotismo eran los masajes en los pies a partir de las prácticas de la extracción de bichos y los lavapiés.

La otra práctica/espacio íntimo con connotaciones eróticas dentro de las casas coloniales eran los baños tibios. Prácticas que escondían bajo la apariencia de la actividad higiénica una lubricidad evidente y de las cuales quejábanse los médicos, ya que de ellas "abusaban" las señoras⁶⁹.

Un instrumento terapéutico un tanto escatológico, que encontramos a menudo en las prácticas íntimas de hombres y mujeres son las enemas o *clisteres*. Este aparato aparece con frecuencia en las imágenes de la época, como la que vemos más abajo. Evidentemente, los clisteres (enemas) tenían una relación no muy clara con el ano, que era el punto *border* de cualquier práctica sodomítica, tanto para hombres como para mujeres. Los *clisteres* de pimienta y especialmente de agua helada eran también prescritos por los médicos para combatir los síntomas de los "accesos hísticos" (*Semanario de Saúde Pública*, 1831).

Imagen 8



Judas son todos aquellos frades que conforme dice Bocage –pasan la vida holgada e milagrosa- que engullen (porque fraile no come) gorduchas carnes en días de precepto...que danzan el fado, que van al teatro con pelucas postizas... y hasta tienen siempre prontos buenos *clysters* para refrigerarse las hemorroides" (*O Bodoque Magico*, 19/04/1851:5)

También desde antiguo existían todo tipo de elementos eróticos para proporcionar diversos placeres. Aún no se utilizaban, por ejemplo, los populares penes de goma, pero sí artefactos de los más diversos materiales para provocar placer. Los *clisteres* son una buena prueba de estas prácticas, camufladas bajo la terapéutica de la medicina.

69 El inglés Lisle comenta al respecto: "Entre las singularidades del lugar, se destaca el hábito de tomar, con exagerada frecuencia, baños tibios. Si tal vicio contribuye para la aparición de alguna enfermedad en particular, lo dejo para que opinen los físicos" (James George Semple Lisle [1797-98] *VR/C*, 1999:250).

Cafuné, bolina de pé, baños tibios, *clisteres*, prácticas íntimas cotidianas de los hogares, destinadas a producir placer. En especial entre las mujeres, tradicionalmente confinadas al lar, las prácticas/espacios íntimos cifrados en eróticas disidentes alcanzaban una dimensión insospechada. Placer a partir de la caricia, de la voluptuosidad, sensaciones todas "escondidas" bajo la apariencia del aseo, el catar piojos, el alivio de dolores o crisis nerviosas y, muchas veces, también ocultas —inconscientes— para ellas mismas.⁷⁰ Formas todas de un elaborado y a la vez práctico erotismo que podían —más o menos conscientemente— deslizarse a zonas inexploradas, erógenamente desconocidas. Tecnologías para vivenciar las sensaciones y por qué no, para transgredir desde lo cotidiano el campo de lo sensible.

4.1. Los burgueses también aman: los *portugueses* y sus empleados y la cofradía del comercio extranjero

Según algunos historiadores, el sexo entre varones llegó a ser tan frecuente entre los portugueses del bajo comercio, que el embajador de Portugal, Barão de Moreira, habría promovido hacia 1846 la importación de prostitutas de las Azores, con la creencia de que el aumento de los servicios sexuales femeninos acabaría —o por lo menos disminuiría— la práctica sexual de hombres con otros hombres (Freyre, 1990:159).

Los empleados de comercio (*caixeiros*) eran reclutados por los comerciantes lusitanos entre jovencitos casi niños, la mayoría de las veces del interior de Portugal. Muchos de ellos, incluso, eran tratados como esclavos y servían con frecuencia a los deseos "carnales" de sus patrones, si nos atenemos a los relatos de Freyre (1990) y Pires de Almeida (1906). Pero también podemos suponer, que no sólo sometimiento, interés económico (no tener que pagar una prostituta) o falta de mujeres, podrían haber vinculado sexualmente a los portugueses con sus *caixeiros*.

Otros hombres que vivían relativamente aislados en la Río de Janeiro del siglo XIX eran los importadores extranjeros. Agentes consignatarios de una casa matriz en Europa y, por ende, sin propiedad efectiva sobre los bienes que comercializaban en el Imperio, cuando morían sin testamento, la tienda y las mercaderías podían ser embargadas por los jueces de huérfanos y ausentes. Si el comerciante tenía hijos, el juez de huérfanos determinaba la incorporación de sus bienes a la herencia del menor. Esto resultaba sumamente perjudicial para los intereses de las compañías

70 "Before the nineteenth century, women who engaged in sexual relations with other women were incapable of perceiving themselves as a distinct sexual and social group, and were not seen as such by others. The relegation of women to the private sphere precluded such perceptions because it prevented the formation of homosexual subcultures of the sort that were open to men. Except in convents or brothels women's lives and sexual identities were circumscribed by their families and the walls of their household" (Brown, 1990:499).

extranjeras. Incluso los diarios ingleses hacían eco de tal situación opinando que tales bienes pertenecían a las empresas del viejo continente.

Esta particular situación originó que las casas matrices de los agentes les prohibiesen casarse o tener hijos con brasileras. Este "celibato forzado" es lo que el inglés Thomas Ewbank observará sorprendido en su paso por Río, en 1846: "...los comerciantes extranjeros en Río de Janeiro viven como si formaran una especie de orden monástica [...] casi todos son solteros de treinta a sesenta años de edad. En sus casas, como en los monasterios, no hay mujeres..."⁷¹

Pero sí había empleados, diremos, "acompañando" a los comerciantes y agentes de comercio. Es sugestiva —y terminante— la observación de Ewbank: "en sus casas no hay mujeres". El subtexto connotativo no sólo expresa que éstos no se casan y forman una familia, sino que definitivamente no tienen contactos íntimos con mujeres.

Por el mismo motivo, es bastante probable que, aunque veladamente, las compañías extranjeras vieran con buenos ojos a aquellos consignatarios que fueran afectos al sexo entre varones, puesto que al no contraer matrimonio —o ni siquiera tener contacto carnal con mujeres—, no existía el riesgo de generar hijos, lo que resultaría fatal para la suerte de sus intereses patrimoniales en el Brasil.

5. Los "otros" hombres y las "otras" mujeres...

La vida tanto pública como privada era diferente para aquellos sectores trabajadores libres que no disfrutaban del privilegio de la nobleza ni las ventajas de las profesiones de la alta burguesía y cuyos variados servicios aumentaban en la medida del crecimiento de la metrópoli.

Dentro de este campo profesional y de oficios, existía un grupo cuyo trabajo estaba de alguna manera relacionado con actividades estigmatizadas desde el punto de vista moral. Vinculados, sobre todo con el "sexo ilícito", especialmente la prostitución, pero también con otras variantes de una sexualidad "no familiar", constituían el "otro mundo", el mundo del placer, del sexo no-permitido. Nos referimos a las modistas, empleadas/os, peluqueros (*cabelereiros*), artistas en general y prostitutas. Especialmente, los/as de nacionalidad francesa se concentraban en la calle del Ouvidor, la arteria más elegante de la ciudad.

Uno de los actores venerados de la época era el cómico Vazquez, que protagonizaba hilarias comedias en los teatros cariocas. Muy querido por la prensa, la *Semana Ilustrada* (11/11/1864:1564) lo presenta travestido de novia, en alusión a un papel que estaba representando en la época:

71 Thomas Ewbank, *Life in Brazil*, vol. 1:284, ápod L. F de Alencastro y M. L. Renaux (1998:307).

Imagen 9



Peluqueros, empleados, comerciantes, todos eran músicos o actores *amateurs* de *vaudevilles*, que "representan muy bien", según Joseph de Rochette (que había sido invitado por los oficiales ingleses para asistir a dicho teatro). Nos informa, además, que tales *amateurs* hacían los papeles de mujer de forma admirable (Joseph de Rochette [1834] *ACFR*, 1993:171). La siguiente caricatura publicada por la *Semana Ilustrada* (10/01/1864:1288) representa a un productor de teatro como "bailarina".

Imagen 10



La prostitución, tan común en una ciudad portuaria y cosmopolita como Río aumentó, de acuerdo con los cronistas de época, drásticamente, después de la instalación de la corte de D. João VI. Según Leithold, las meretrices invadían las calles entre las ocho y diez de la noche, vestidas de "tafeta negra o lana" y cubiertas por mantos. Las de primera clase tenían sus matronas que actuaban a modo de celestinas, recibían el cliente y cobraban el servicio (Theodor von Leithold [1819] *ACFRJ*, 1993:115).

La prostitución masculina estaba también tan difundida que, como ya mencionamos, en 1846, el embajador de Portugal, recomendó la exportación de prostitutas de las Azores. Por otra parte, ya en 1870, el médico Ferraz de Macedo clasificaba la prostitución masculina como prostitución doméstica practicada por individuos, objeto de "irregularidades sexuales, de uno u otro sexo: coito contra la naturaleza, onanismo, lesbianismo, pederastia".

6. La transgresión de las modas y el dandismo tropical

Las modas y la etiqueta de la nobleza y la burguesía carioca, aunque modificadas a la luz de las nuevas tendencias francesas posrevolucionarias, continuaban con el patrón de lujo extremo. Sin embargo, hacia mediados del siglo las coloridas ropas de la época patriarcal son dejadas de lado, imponiéndose las levitas y botinas negras, los diseños más sobrios y los colores cenicientos.

Pero los dandis de la época y de inicios de 1830 serán frecuentemente acusados de fútiles y de cierto grado de afeminamiento, no sólo por sus "actitudes tediosas y displicentes", sino y sobre todo, por la "extravagancia" de las tendencias y preocupación exagerada por la moda (*Semana Ilustrada*, 26/01/1862:472):

Imagen 11



MACACOS.

Zoologia

Las nuevas moralidades...

Principalmente, parece haber sido una señal de esnobismo, en el límite con el afeminamiento, el uso de anillos, corsés y broches, incluso, a veces, aros, y el "chaleco blanco forrado de carmesí", "anillos con místicas letras y cabellitos de moza" (*O Simplicio Endiabrado*, 7 de mayo de 1839:3). Pero lo que más distinguía un *Petit Maitre* era "una varita de alambre con blanca empuñadura de hueso en la extremidad que traen siempre entre los labios, entre tanto, en la cartera nada!" (*O Simplicio*, 19 de enero de 1831:7).

Lo que parece haber sido una constante desde épocas remotas en las modas masculinas, e incluso en algunas mujeres que se lo permitían, es la permanente transgresión genérica en función del consumo y la distinción de los grupos burgueses urbanos. Como expresa un diálogo ficcionado publicado en la *Semana Ilustrada* (12 de marzo de 1865:1778):

- Mi amo hay una persona buscándolo.
- ¿Quién es? Hombre o mujer?
- No sé, no Señor; está vestida.

Observemos la cuestión tal como la ilustra esta caricatura de época (*Semana Ilustrada*, 25 de octubre de 1863:1197):

Imagen 12



Vestuarios Modernos

- ¿Qué desea el señor?
- Sepa disculpar, deseaba encender mi cigarro y estoy buscando distinguir entre Vuestras Excelencias, para no incomodar a la señora.

El dandismo estaba íntimamente vinculado a lo eróticamente disidente, al igual que sucedía en Europa. Aun cuando constituía una forma de contestación a los patrones de consumo y a la uniformidad burguesa, era fuertemente aristocrático, una continuación de la moral y la transgresión barroca adaptada al nuevo siglo. Hombre público y de figuración, constituye un mundo de etiquetas, ostentación y lujo basado en la moda, en los accesorios, en los detalles. Antiburgués en lo que a moralidad respecta, supone la continuación del vitalismo y el *ethos* del exceso y la voluptuosidad, encarnado más que nunca en la transgresión genérica y la disidencia erótica.

Imagen 13



(*Semana Ilustrada*, 24/10/1869:3670)

6.1. La "Gruta de los solitarios" y los "Coraceros de Cupido"

La clase de los empleados, por su parte, también desenvolvía características particulares en función de la constante disputa por bienes simbólicos con los estudiantes cariocas en el proceso de ascensión social burguesa. En este marco, reproducían, por ejemplo, las modas de los estudiantes —que a su vez las "macaqueaban" de París— creando particulares mundos, en los que muchas veces, la disidencia erótica se manifestaba desde la transgresión y el afeminamiento.

Devotos de las actrices de su tiempo, formaban verdaderos clubes de admiradores que seguían la trayectoria de sus estrellas, las acompañaban a cada función, incluso creaban periódicos sólo para difundir sus novedades o para "adorarla" públicamente. Dos eran las grandes figuras de la época: la "Aimee" y la "Lobato", ambas actrices-cantantes de populares cafés-danzantes como "Eldorado" o el "Alcazar".

Por otra parte, y en relación también a las actrices-cantantes, algunos grupos creaban sociedades secretas herméticas, sobre las cuales se tejían todo tipo de conjeturas, incluso respecto a su "moralidad dudosa" y a sus "ritos satánicos", a la usanza del romanticismo medievalista de la época.

Una de ellas fue la "Gruta de los solitarios", integrada por jóvenes empleados de "distintas casas respetables y reparticiones". Con bandera cabalística, lenguajes secretos, enigmas a ser descifrados, levantó innúmeras sospechas sobre sus actividades. A tal punto que el jefe de policía decidió intervenir. La sociedad secreta presentó entonces unos estatutos, en donde, según cuentan los diarios de la época, quedó demostrado que respetaban los "más santos principios de la moral" (*Semana Ilustrada*, 1866).

Otra extraña sociedad secreta masculina fue la de los "Coraceros de Cupido". Fuertemente ligada al dandismo, conformaba un grupo irreverente, cuyo fin era combatir y burlarse de todo lo que fuese "serio". Sus miembros se reconocían entre sí por llevar flores en el ojal izquierdo, que variaban de color de acuerdo con el grado que ocupaban en la orden. Era una agrupación con objetivos fútiles, destinada a la vida bohemia y a la veneración de actrices populares.

7. La fiesta barroca y la fiesta burguesa: de la rua al salón

En el campo de la cultura popular, algunos de los antiguos espacios festivos que sobrevivieron durante todo el siglo XIX fueron el denominado *entrudo* de carnaval y la fiesta del Divino, realizada en el Campo de Santana.

En el Campo de Santa Ana era donde el actor Telles, afamado pederasta, había montado un "teatrito de feria" que servía de diversión en las fiestas del Espíritu Santo. Mantenía una compañía de jovencitos que hacían juegos acrobáticos y teatro de "vivos y muñecos". Telles, muy popular en la época, invadiría las comedias de Penna, vistiendo a sus actores de mujeres para las representaciones en los palcos cariocas (Pires de Almeida, 1906:82-3).

Por otro lado, la fiesta popular que representaba el antiguo entrudo de carnaval, las guerras con limones de olor y agua, la harina y el espíritu de descontrol que marcaba estos días, comenzaron a ser reprimidos por la opinión pública burguesa y el poder público.

Al mismo tiempo que el entrudo es sistemáticamente perseguido, la burguesía crea su propia fiesta: el "carnaval de salón". A mediados de 1840, un grupo de artistas decide organizar en el Teatro São Januario un carnaval veneciano de máscaras. Pierrot, Arlequín y Colombina, adaptados al trópico, serán ahora los nuevos protagonistas de moda en los "bailes de máscaras" donde reinaba el "cancán".

Una sorprendida Ida Pfeiffer dejará registrado que, en ocasión de una fiesta realizada en el cuartel militar de la rua dos Barbons, en 1846, celebrando el bautismo de la princesa Isabel, las llamativas bailarinas que ejecutaran las danzas eran en

realidad rudos soldados... Y otra, no menos admirada, Julia da Silva Brunhs de Mann, exactamente una década después, en una fiesta de carnaval, notará la presencia de una "osada" mujer con un vestido muy corto y colorido que descubriría, después, que era un hombre travestido (Trevisan, 2000:241-2).

Otro de los nuevos espacios burgueses es el salón de las grandes residencias. Al margen de las grandes y tradicionales fiestas populares, el salón se convierte en el espacio privado de sociabilidad que torna visible para observadores seleccionados ciertas escenas de la vida familiar (Alencastro, 1998). Desde los saraos (en donde el piano es la pieza central en torno al cual se organiza la reunión) hasta los bailes, el salón es ahora el lugar de encuentro privilegiado, en tanto espacio transicional entre el afuera y el adentro, entre la calle y la casa.

8. Los otros otros: el mundo de los esclavos

El universo de los esclavos en la ciudad continúa siendo el mundo de la exclusión, del trabajo doméstico, las ventas o la prostitución. Los negros constituyen la inmensa mayoría de la población hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, no hay moda para negros, como tampoco hay zapatos:

En este país, todos los negros son esclavos. Todos estos infelices tienen aspecto de animales... Los negros usan habitualmente pantalones, algunas veces una blusa de algodón, pero como esclavos, no se les permite calzar zapatos. Las negras se muestran, en su mayoría, desnudas de la cintura arriba; algunas llevan un paño de seda preso al cuello y cayendo sobre el pecho. Son generalmente feas. Vi, no obstante, algunas bastante bonitas. Se visten con mucho apuro... (Edouard Manet [1849] *ACFRJ*, 1993:113).

La distinción que debía establecerse en el contexto del imperio esclavista alcanzaba también la costumbre de fumar. La tendencia brasílico/burguesa era fumar cigarros, pero nunca "pipa" que, aunque de moda en la culta Europa, era cosa de esclavo en los trópicos.

El derecho de galopar, de vestir zapatos, de portar joyas, llevar bengala, ir al teatro, todo constituía motivo de escarnio si lo hacía un negro.

Como observa Freyre, citando a Tarquínio de Sousa, gran parte de esas discriminaciones provenían de los empleados de comercio "blancos", que en definitiva eran "la clase baja, aún en ascenso"; y, por consiguiente, "en competición con la de individuos de color también en ascenso" (Freyre, 1990:399).

Cientos de prejuicios y naturalizaciones se levantan contra los negros: sucios, olorosos, borrachos, perezosos, indisciplinados, lascivos, delincuentes, pervertidos. Se refuerza la representación de la *senzala* como el espacio privilegiado del pecado y la depravación: "existen a veces, en esos antros, distracciones y placeres

bestiales, causados por la embriaguez, donde nunca se habla del pasado, que es dolor, ni del futuro porque es remoto" (Ribeyrolles [1858] *ACFRJ*, 1993:55).

En la obra *Manual del Fazendeiro* (hacendado), de 1844, el Dr. Imbert, ex cirujano de la marina imperial francesa, sostiene que el negro no solo difería con el blanco por el color, sino también por una limitación en su organización cerebral que no le permitía desarrollar por igual sus habilidades intelectuales. Por ello, también se entregaban al libertinaje, la pereza y otros vicios, de los cuales se originaban las enfermedades de los negros.⁷²

Incluso en las revistas de divulgación estas naturalizaciones se presentan como teorías científicas. Así, por ejemplo, un artículo publicado en la *Revista Encyclopédica Semanal do Rio de Janeiro* (13/1/1839:7) explica la tesis de Blumenbach sobre la variedad de las razas humanas. Este "científico" afirmaba —previsiblemente— que la capacidad craneana de los blancos es mayor que cualquier otra raza, sean amarillos, colorados (?) y ¿adivinemos quién viene por último, lindante con las bestias que no razonan?... Obviamente, los negros. En el otro extremo, la raza "caucasiana", es aquella que logró llevar los "sentimientos morales y la capacidad intelectual al auge de la perfección de que la naturaleza humana es posible", por tal motivo, es la naturalmente destinada a "dominar" al resto de las razas.

Ida Pfeiffer expresaba sobre la discriminación de los negros en este país: "En las clases que habitualmente denominamos de esclarecidas, existen personas que, después de tantas pruebas de destreza y de inteligencia dadas por los negros, todavía los colocan tan abajo de los blancos, que mal los consideran como una transición entre el mono y el hombre" (Pfeiffer [1846] *ACFRJ*, 1993:71).

Que los negros sean "viciosos" y "licenciosos" no es ahora un problema de moral o de cultura, como de alguna manera lo vislumbra Ida Pfeiffer, ahora es fisiológico, de carácter: la esclavitud está escrita en el cuerpo y se lee por su color.

9. Conclusiones

9.1. La esfera pública burguesa al sur del Ecuador

La constitución de sujetos privados con opinión propia permite la aparición de lo que Habermas (1984) denomina "esfera pública". Esto implica una serie de definiciones

72 El poligenista americano (sudista) Josiah C. Nott crea una nueva disciplina: la *niggerology*, mediante la cual establece la defensa científica del esclavo. Brasil, en tanto, recibe la influencia de médicos franceses, enrolados en la medicina militar y naval de las Antillas y del Magreb, como el Dr Sigaud, médico particular del emperador D. Pedro II, quien escribe *Du climat e des maladies du Brésil* (1844). Allí desarrolla la tesis sobre las enfermedades nerviosas de los negros, especialmente la epilepsia, la locura y el suicidio.

sobre lo público y lo privado, de las configuraciones del Estado y la familia y de transformaciones materiales fundamentales en el sistema de producción capitalista.

La constitución de un aparato estatal más o menos racional en el Brasil, sería fundamental en el proceso de modernización de las élites gobernantes coloniales y de los modos y recursos para ejercer su hegemonía.

La libre circulación de mercaderías implicaba también la circulación del ideario burgués ilustrado. Los jornales independientes, es decir, no editados por el Estado, que en Río proliferan desde la década de 1820, existen por y para un público interesado, que comienza a consumir literatura, información y opinión. Público que exigía la legitimación racional del ejercicio del poder y que comenzaba a conformar una "opinión pública".

Operó, más o menos conjuntamente, el surgimiento de una esfera pública literaria. Salones, *boticas*, reuniones de la masonería, nobleza y la burguesía, donde la discusión no se basaba tanto en las jerarquías como en una argumentación basada en la razón. Esta nueva discursividad presuponía una igualdad derivada de la propia humanidad racional del "ser humano".

Muchas de estas reuniones, sobre todo las de sociedades y logias masónicas, se conformaban dialécticamente en la medida que para poder existir como reunión de personas privadas en un público, necesitaban no tornarse públicas, es decir, ser específicamente secretas.

El amor romántico, como una nueva estética y ética imperante en la época, implicaba una formación discursiva que abría las puertas a la constitución de una subjetividad autocentrada y desregulada, que incursionaba muchas veces en los extremos morales y afectivos, ora de la pureza, ora de la pasión libidinosa.

Esta literatura alimenta y se retroalimenta de la experiencia y las expectativas del propio ser y desenvolvimiento burgués. Es el proceso de una clase que se piensa y dialoga consigo misma. El raciocinio público posibilita la autocompresión de las personas privadas en relación con las genuinas experiencias de su nueva privacidad. En este sentido, el raciocinio público literario es el espejo de una clase, el ámbito de producción de discurso sobre sí misma.

En síntesis, el desenvolvimiento de un aparato estatal racional, la circulación de mercaderías y de información, la aparición de un público crítico, literario y político y el *ethos* del amor romántico constituirán las marcas del surgimiento de la esfera pública y, por ende, la esfera privada, centrada en la economía y la vida familiar.

9.2. Lo doméstico y lo privado por los caminos de la voluptuosidad

La emancipación psicológica depende y está en directa relación con la "emancipación político-económica". La esfera familiar no está desligada en absoluto de la esfera económica. Es más, el derecho de disponer de la propiedad y la autonomía de los propietarios en el mercado corresponde con una representación personal en la familia aparentemente disociada de la coacción social (Habermas, 1984:63).

Es claro que, como el propio Habermas reconoce, este proceso no está exento de las formas de sujeción social, a partir de las mediaciones que bajo la apariencia de libertad socializan a los sujetos. Así, la autonomía del propietario en la empresa privada se correspondía con la dependencia de la mujer y de sus hijos; la autonomía privada en un lado se tornaba autoridad en otro, convirtiendo en ilusión el libre arbitrio de los individuos.

Por otro lado, el contrato matrimonial no está desligado de las obligaciones que impone la conservación y cuidado del capital. Se inaugura una tensión permanente entre la realización amorosa y las funciones económicas de la familia, que por otra parte, muestran el carácter también ilusorio y la falacia de la pretendida desvinculación de la familia de su función material.⁷³

La familia comienza a abrirse hacia el mundo exterior, nuevos personajes entran en escena en sustitución del antiguo sacerdote, principalmente el médico. Estas presencias dentro de la casa permitiría a los diferentes miembros preservar o construir espacios propios, fuera del alcance del *pater familiae* —o al menos negociar esos espacios—, constituyendo complicados juegos de poder intrafamiliar (espacios que como analizaremos en capítulos subsiguientes facilitarán también la colonización del ámbito familiar).

Los dispositivos de producción, control y circulación de discursos, como los de la Inquisición, ya prácticamente no existían; la interpelación religiosa quedará paulatinamente confinada en las Iglesias, en sus sermones y libros de introspección.

La vida en las casonas de la ciudad, en los paseos, en las ventanas, en las fiestas, en las calles, prenunciaban nuevas formas de sociabilidad. Aun cuando la familia continuara siendo un aparato de reproducción de la moral masculino/activa, la autoridad patriarcal parecía suavizarse, las normas cortesanas imponían ciertas actitudes y comportamientos "civilizados", que incluían nuevas relaciones hombre/mujer. Nuevas relaciones, incluso, con respecto a los límites de lo masculino. La *courtoisie* establecía un límite claro al patriarcalismo y a la autoridad personal del señor, en tanto se sujeta y reproduce una normativa autoimpuesta por su propia clase en función de su distinción y diferenciación estamental, creando conductas de vida sólo accesibles a los iniciados, reconocibles entre los propios pares y diferenciadoras sustancialmente de los subalternos.

La corte implica una forma de vida regulada y canónica. La nobleza estaba para ser vista y para representar. No existía tampoco ningún prurito en relación con las clases inferiores, por el contrario, el poder en condiciones de desigualdad extrema debe exhibirse de acuerdo con una estética bombástica. "El juego antiguo exigía que el espectáculo de los privilegios reales compensara la pobreza de la vida común (así como el espectáculo de las tragedias compensaba la vida satisfecha)" (Bataille, 1997:171).

73 Las necesidades profesionales también contradicen la formación educativa o cultural, pues están subordinadas al trabajo socialmente necesario, lo que plantea un dilema entre la formación de la personalidad y la formación de las habilidades.

La transgresión cortesana, que de alguna manera ponía en suspenso la prohibición natural, pero no la alteraba, abre un campo de posibilidades, de experimentación de nuevas posibilidades eróticas. Un *ethos* y estética egocéntrica, inmediata, tendiente a la satisfacción vital del yo y sus impulsos que no es más que la continuación de la voluptuosidad patriarcal/esclavista.

La transgresión es también un comportamiento propio del ser bohemio del siglo XIX. El dandismo de los *petit maitres* cariocas establece formas de distinción referidas al consumo de bienes simbólicos, pero que implican también una transgresión de significantes, ya que el afectamiento de la moda masculina y los comportamientos incluso sexuales de la actitud dandi se basan en las provocaciones a las distinciones de género.

9.3. Débiles interpelaciones y sentidos homoeróticos difusos

Los aparatos de represión punitivos en el campo de la moral, tanto de la Iglesia y del Estado, no tenían ya poder efectivo en virtud del acelerado proceso de secularización de la sociedad.

El Estado, por su parte, a partir de la Constitución de 1824 y el Código Penal de 1830, consagra una esfera jurídica y una serie de garantías destinadas a reconocer y preservar una esfera de autonomía moral de todos los individuos. Dentro de esa esfera, se encuadraban las prácticas sexuales de carácter "privado", por lo que la sodomía dejaba de ser perseguida en tanto práctica no manifestada en el campo público. Podía ser vista ahora como un defecto moral o una aberración de la naturaleza, pero en el sentido de los pensadores iluministas, ya no como un delito para ser punido.

Es cierto que surgía entonces, con particular fuerza, el poder de policía, pero en realidad éste tendía a concentrarse en aquello que se suponía alteraba el orden público. En el campo jurídico, además, se abría una puerta para controlar la alteración del orden por parte de los subalternos (a partir de la figura de vagancia) de forma bastante amplia, enfatizando según las circunstancias o momentos las contravenciones de carácter erótico o morales.

Tampoco quedaba muy claro cuál era la entidad del vicio "nefando". Si no era un delito, ¿qué era entonces? Si era un defecto moral, ¿a quién competía corregirlo? Si era una flaqueza de carácter individual, ¿sería parte de las cuestiones atinentes al fuero de lo personal o sería una cuestión de moral pública en la cual podría intervenir el Estado, la Iglesia, o —como de hecho ocurriría más tarde— las ciencias de mano dadas con el Estado?

Éste es precisamente el estado de la problemática de la época, una serie indefinida de cuestiones, preguntas abiertas, opiniones que no redundarían en interpelaciones concretas o en alguna normativa que regulara tales conductas. La producción discursiva sobre las disidencias eróticas en clave de clasificación y control de deseo le corresponderá al próximo siglo.

El control de los límites de la masculinidad estaba ahora, como poderes oblicuos, en manos de la opinión pública y de las propias familias, que a su vez sufrían también un proceso de redefinición. Así, la idea de "afeminamiento", como una dislocada y errante noción de transgresión de los límites —también difusos— de la masculinidad es ambiguamente referida a múltiples situaciones. Narcisos, *macacos* y *petit maitres*, incluso "licenciosos" o "degenerados", de aires "desdeñosos y exagerados"... son denominaciones que aparecen en los diarios para calificar a los dandis y bohemios de la época, como eróticamente disidentes.

En todo caso, afeminamiento, sodomía, degeneración, licenciosidad son categorías de sentido introducidas en el campo del discurso público que fluctúa entre diversos y variables contenidos materiales sin asentarse en prácticas claramente definidas. Se inaugura, de tal forma, una era de subterfugios para referirse a las eróticas disidentes que no hará más que reforzar su polisemia intrínseca.

9.4. Nuevas experiencias y subjetividades

Con la aparición de una esfera de privacidad burguesa, el exceso patriarcal se filtra ahora, ya no como transgresión, sino como un espacio de posibilidades autónomas, de reflexividad práctica y discursiva, gracias a una esfera pública (sujetos privados con opinión propia) que es privada, en el sentido habermasiano y, por ende, no necesariamente deja de ser clandestina, o sea, no tiene "publicidad".

La efectiva emancipación psicológica y sus momentos de libre arbitrio, comunión de afecto y formación sustentaban la posibilidad de un "hacerse". Idea de proyecto que implicaba una reflexividad prospectiva más que una memoria retrospectiva (lo que posibilita también el efectivo ejercicio de un libre arbitrio y de la ilusión del yo como autor, como identidad individual).⁷⁴

Esto permitió que nuevas formas de ser, nuevas experiencias e incluso subjetividades se conformaran entre lo clandestino y lo privado, ya que eran las manifestaciones públicas de los actos que se consideraba atentaban contra la moral, las que eran perseguidas, sobre todo cuando eran protagonizadas por los sectores subalternos.

En tal contexto, sin los dispositivos de coacción material normativa, sin conformación absoluta del autocontrol, constatamos un mundo pletórico de nuevas experiencias, de nuevas interioridades para viejas formas. Sin embargo, estas "novedades prácticas" (y por qué no racionales) en el campo de la moral privada, quedarían tan indeterminadas —y tan expuestas también— que pronto vendrían a ser reconfiguradas (colonizadas), especialmente desde el ámbito científico/estatal.

74 Ilusión en el sentido de constitución de la unidad discursiva por un individuo afectado por diversas formaciones discursivas y posiciones de sujeto siempre dispersas (y hasta contradictorias). El autor o el yo es el principio ordenador y de agrupamiento del discurso, la unidad de origen de la coherencia del discurso.

La ilusión de libertad y formación del yo, y la experiencia del amor sin interpelaciones absolutas o coacción del orden vigente, proporcionaban un ámbito de sentido amplio y diversificado para experimentar o reflexionar estéticamente otras subjetividades posibles. Cómo recuperar el control del yo errante, indeterminado, absoluto, que será el problema y el intento de las disciplinas médicas y psicoanálisis de las siguientes décadas.

